

EL BIENIO NEGRO, CAMINO DE LA GUERRA CIVIL

En 1934 se produjo la revolución de Octubre en Asturias y la intentona nacionalista de Companys. Esto, más la desaparición de los radicales con la quiebra del centro en 1936, prepararon el escenario de la guerra civil.

ANDRÉS DE BLAS GUERRERO

En las elecciones de noviembre de 1933 se produjo una importante recuperación de la derecha, que no había sido posible a causa del desmoronamiento en que la había sumido el nacimiento de la II República, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 1931. En estas segundas elecciones legislativas del periodo republicano el gran partido de la derecha, la CEDA, obtuvo 115 diputados, a los que habría que sumar 104 del Partido Radical, 21 de los republicanos de Alcalá-Zamora y Miguel Maura, 8 de los liberal-demócratas de Melquiades Álvarez, y a los que aún cabría añadir 45 diputados de extrema derecha. Al otro lado del hemisferio se hallaban 36 diputados de la izquierda republicana y 62 del PSOE. Se trataba de una alternancia en la opinión política española propiciada por los errores de la coalición azañista y los efectos de una coyuntura económica desfavorable. Nada demasiado extraño en la vida política republicana que, sin embargo, fue mal aceptado por un centro-izquierda dispuesto a jugar la arriesgada carta de una defensa de la legitimidad republicana y revolucionaria por encima de la legalidad constitucional que abría el

camino a los gobiernos de centro-derecha.

El Partido Radical, dispuesto a jugar su estrategia centrista, fue el encargado de gestionar la nueva situación política. El 19 de diciembre de 1933 el líder populista Alejandro Lerroux presentó su nuevo Gobierno, integrado por siete radicales, dos republicanos independientes, uno de los republicanos progresistas de Alcalá-Zamora, otro de los liberal-demócratas y otro de los agrarios. La adopción de una clara orientación de centro-derecha, indispensable para contar con el apoyo parlamentario de la CEDA que, sin embargo, quedaba fuera del gabinete, originó la escisión de Diego Martínez Barrio en el seno del partido radical, lo que provocaría el reajuste del Gobierno. La intervención de Alcalá-Zamora acarrearía entonces la dimisión de Lerroux y su sustitución por otro radical, Samper, en la formación de Gobierno. En octubre de 1934 la CEDA, por su parte, plantearía su voluntad de formar parte de un



La Guardia Civil lleva preso a un supuesto dirigente minero de la cuenca de León en Bembibre, octubre de 1934.

Ejecutivo de coalición que estuviera presidido por Lerroux. Esta decisión dispararía la tensión con la izquierda del régimen y pondría en marcha la sublevación izquierdista de Octubre. En torno a la sublevación cabe señalar la convergencia de tres grandes proyectos. De una parte, lo que podría ser considerado como un proceso defensivo de la legitimidad del régimen sin reparar en la letra de la Constitución; en él convergería la actitud de temor a la amenaza fascista y la defensa de una vuelta a la coalición del primer bienio republicano,



Gil Robles, líder de la CEDA, votando en las elecciones generales de diciembre de 1933. Gobierno de Lerroux (presidente) y Gil Robles, cuarto por la izquierda, mayo de 1935. EFE



Edificio barcelonés batido por la artillería. ESPASA CALPE

directamente conectado con la pretensión de unas nuevas elecciones tras conocerse el triunfo radical-cedista. De otra, el proyecto maximalista confederal del nacionalismo catalán acudido por Lluís Companys. Y en tercer lugar, la estrategia revolucionaria del socialis-

mo radical dirigido por Francisco Largo Caballero, con el apoyo de otros sectores izquierdistas del movimiento obrero. El paso del tiempo tenderá a imponer, sin embargo, el protagonismo de la primera opción como la más adecuada a la vida del régimen y a la reconciliación con la democracia de las fuerzas políticas derrotadas en octubre de 1934. En esa fecha, con todo, la mayor significación correspondió al poco articulado proyecto de Largo, al que su improvisación no privó de alcance revolucionario, tal como pondrán de manifiesto los acontecimientos de Asturias.

El triunfo de la legalidad sobre los insurrectos privó *a posteriori* de justificación a la amenaza fascista que no se consumó en las mejores condiciones para ser llevada adelante. El radicalismo impulsó entonces, por el contrario, una normalización de la situación política en la que se incluye la paulatina recuperación de la autonomía catalana. Octubre de 1934 quedaría como un hito en la destrucción de la democracia española protagonizado por la izquierda, en claro paralelo a la "sanjurjada" de agosto de 1932. Así sería interpretado por el sector centrista del PSOE dirigido por Indalecio Prieto a partir de 1935, en contraste con la visión reivindicadora del mismo asumida por el socialismo radical de Largo. La revolución de Octubre del 34 se con-

virtió de este modo en motivo destacado de la crisis del socialismo español desde la liquidación del intento revolucionario hasta el estallido de la guerra civil.

Visto con perspectiva histórica, el bienio negro no constituyó la simple liquidación de los proyectos reformadores de los primeros gobiernos republicanos. Por el contrario, se constituyó en la oportunidad de una alternancia por el centro-derecho de la política española y, en definitiva, en una oportunidad para la institucionalización del régimen nacido el 14 de abril de 1931. Su fracaso

Los errores azañistas y la coyuntura desfavorable propiciaron la alternancia en las elecciones de 1933

está íntimamente ligado al desgaste de Octubre y a la liquidación del Partido Radical con ocasión de los escándalos del "estraperlo" y el "affaire Tayá", unos escándalos impulsados por los enemigos del Partido Radical a izquierda (Azaña, Prieto) y a derecha (Alcalá-Zamora, oposición conservadora), que supusieron la quiebra del centro político en las elecciones de febrero de 1936 y la consiguiente preparación del escenario para el desenlace de la guerra civil.

Andrés de Blas Guerrero es catedrático de Teoría del Estado de la UNED.